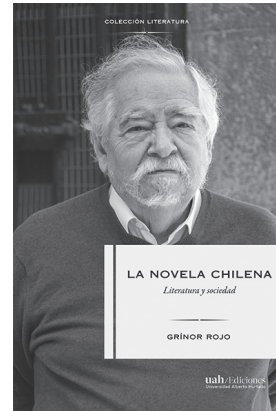


Rojo, Grínor (2022). *La novela chilena. Literatura y sociedad*.
Universidad Alberto Hurtado, 422 pp. ISBN 978-956-357-373-2

CATALINA OLEA ROSENBLUTH*

ESTE ES EL CUARTO libro que Grínor Rojo dedica a la novela chilena. Por su título se lo podría considerar el definitivo. Ya no se trata de las novelas sobre un grupo social, como en *Las novelas de la oligarquía chilena* (2011), volumen que inaugura la serie, ni de un subgénero dentro de la novela moderna, como en *Las novelas de formación chilena. Bildungsroman y contrabildungsroman* (2014), ni del amplísimo ciclo novelesco originado en el golpe de Estado de 1973, como en los dos tomos de *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena* (2016). *La novela chilena* (2022) ofrece una mirada de larga duración sobre nuestra narrativa. Organizado cronológicamente según el año de publicación de las novelas, el libro reúne catorce ensayos, cada uno de ellos dedicado a una obra que el autor considera “de calidad excepcional” (p. 9). Desde la fundacional *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana, aparecida en 1862, a la muy reciente *El sistema del tacto*, de Alejandra Costamagna, publicada en 2018. Las otras novelas consideradas son *Casa grande* de Luis Orrego Luco; *Hijo de ladrón* y *La oscura vida radiante*, ambas de Manuel Rojas; *La última niebla*, de María Luisa Bombal; *María Nadie*, de Marta Brunet; *El lugar sin límites* y *El obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso; *El inútil de la familia* de Jorge Edwards; *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño; *El desierto*, de Carlos Franz; *Impuesto a la carne*, de Diamela Eltit; y *Los días del arcoiris*, de Antonio Skármeta.

El subtítulo del libro, “Literatura y sociedad”, no es gratuito. Este se deja leer como un sustancioso muestrario de dilemas que cruzan buena parte de la historia cultural de nuestro país, Latinoamérica o la modernidad: ¿qué es la clase media chilena? (“Bajo el exterior de un pobre provinciano...’ *Martín Rivas*”); ¿existe la derecha liberal en Chile? (“*Casa grande. Escenas de la vida en Chile* y la oligarquía del centenario”); ¿cuáles son las relaciones entre vanguardia e industria cultural? (“María Luisa Bombal desde *La última*



* Doctora en Estudios Latinoamericanos. Investigadora independiente, Santiago, Chile. Correo electrónico: caolearosen@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1185-9879>

niebla a House of mist"); ¿puede haber una vanguardia retrospectiva? (“*Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, o de la vuelta a la madre”); etc. En cuanto a las conexiones que establece al interior de la narrativa nacional, el libro es generoso en continuidades inesperadas –por ejemplo, la narrativa de Eltit como “un retorno” “del reivindicacionismo y el socialismo” de la generación del 38 (p. 338) – y hallazgos sugerentes – por ejemplo, el tópico del joven talentoso que se pone al servicio de un poderoso mediocre con la esperanza de ascender socialmente, presente tanto en *Martín Rivas* como en *El obsceno pájaro de la noche*.

A la hora de definir la novela, Rojo se inclina por Lukács antes que por Bajtín. Es decir, entiende el género como uno que nace en la temprana modernidad europea, ocupa el lugar de la antigua epopeya y, desde el *Quijote* en adelante, se caracteriza por su estructura irónica: “esa que pone a prueba la inocencia del/la protagonista sometiéndolo/a, a los duros coletazos que la realidad infringe” (p. 11). Otro rasgo distintivo de la novela sería su forma biográfica: esta se le presenta al lector como “una (auto)biografía ficcional, como un escrito en el que lo que se persigue y refiere es la historia de una vida” (p. 410). Finalmente, afirma, la novela es también una forma de conocimiento: “El gran novelista ... es capaz de captar lo que no consiguen ni la experiencia ordinaria ni las abstracciones conceptuales de la filosofía y la ciencia” (p. 9). En el marco de la literatura chilena, “una literatura joven todavía” (p. 9), Rojo sugiere cuatro nombres como los más valiosos: Alberto Blest Gana, Manuel Rojas, José Donoso y Roberto Bolaño. A juzgar por el número de capítulos que le corresponden a cada uno de ellos en este libro, no es difícil adivinar cuáles, de entre estos cuatro grandes, son sus preferidos.

Uno de los ensayos más notables es, en mi opinión, el dedicado a *Martín Rivas*. Además de proponer una lectura novedosa sobre esta conocidísima novela –ello a partir de un productivo paralelo con Balzac y Stendhal–, el capítulo ofrece un disfrutable repaso irónico de lo que han dicho (u omitido) otros críticos sobre ella. Hay, por lo tanto, mucho de historia de la crítica literaria chilena en este libro, lo cual lo hace doblemente interesante: no se trata solo de algunas novelas “memorables” (p. 9), sino también de la historia de sus lecturas y, en ocasiones, de los mitos que estas lecturas engendran. En el caso de *Martín Rivas*, el mito que hace de su prudente protagonista una suerte de “super yo” nacional:

Críticos más interesados en encarecer su propia posición social –no muy segura, me da la impresión– que en aclararnos la de Martín, hablaron en el pasado de su origen de “clase media” y construyeron así la

leyenda edificante del joven pobre, pero digno y respetuoso de las jerarquías sociales, que, gracias a su naturaleza, inteligencia y merecimientos mesocráticos y meritocráticos, logra triunfar en el seno de una clase patricia que no era tan insensible como lo suelen difundir las malas lenguas. (p. 39)

Otro tópico caro a la crítica literaria chilena revisitado por el autor es el de las famosas metáforas de “la herida” y “las cuotas” presentes en *Hijo de ladrón*. En oposición a una lectura “universalista” (y tan edificante como la que hace de Martín Rivas un *self made man*), que apunta a una humanidad “deudora” o “herida” “*ab origine*”, Rojo prefiere asumir “un punto de vista menos glamoroso” (p. 118) y reconocer en ellas unos males que aquejan preferentemente a individuos como Aniceto Hevia. Es decir, aquellos que, “por las causas que sean, han sido víctimas de los mordiscos sucesivos y el drenaje permanente que un orden político y social despiadado” le hace a la infancia (p. 118).

Cito estos ejemplos porque me parecen representativos del oficio o el estilo crítico del autor. En este entran en juego su capacidad para interpretar las obras con independencia de las lecturas canónicas, su desconfianza por las modas teóricas (bien conocida por sus lectores y alumnos); y su insistencia por leer desde aquí, desde la especificidad histórica y cultural en que se producen los textos (sobre este último punto, recomiendo el ensayo dedicado a la narrativa de Eltit).

Además de su habitual erudición, Rojo despliega en este libro lo que podríamos describir como su aguda sensibilidad historiográfica, pero que, si seguimos una de sus principales tesis, tal vez no es sino sensibilidad estética. Según advierte el crítico en este y otros libros, la obra de arte literario tiene el poder de captar determinada experiencia histórica de manera oblicua, pero profunda, mientras que es el lector el que intenta explicitar ese vínculo. Una buena demostración de este principio la encontramos en el ensayo titulado “Sobre *María nadie*, de Marta Brunet”. Rojo interpreta esta novela a la luz de la deflación del movimiento feminista tras la conquista del derecho a voto por parte de las mujeres en 1949: “si hay algo que esta novela de Brunet comparte con la historia de la mujer chilena de aquel período es lo que Kirkwood y Oyarzún designan como el “silenciamiento” mujeril de los años cincuenta” (p. 199). Desde ahí, sostiene, es posible entender la modestia de su protagonista (“una mujer sin atributos, pero lúcida”, p. 197) y la estructura bipartita de la obra –conformada por los capítulos “La mujer” y “El pueblo”–, destinada a evitar la confrontación directa entre María López y la sociedad.

Queda claro que la narrativa del siglo XXI no le inspira al autor el mismo entusiasmo que la de los siglos anteriores:

En estos tiempos de narraciones escuálidas, carentes de mundo y de ingenio, de ejercicios desvitalizados y fomes, *El inútil de la familia* nos recuerda que la novela actual no tiene la obligación de ser nada de eso, que como ocurre en las obras de los grandes maestros del siglo XIX el género puede y debe transformarse una vez más en una fuente de placer. (p. 289)

Se revela aquí, nuevamente, la preferencia de Rojo por las novelas “no-velescas”, las que cuentan historias, las que creen en el arte de narrar, las que construyen personajes de una “humanidad profunda” (p. 9), tienen el poder de sorprendernos o de sacarnos carcajadas.

Para finalizar, algunas de las preguntas que abre la lectura de este libro: ¿es la novela chilena, tal como la entiende Rojo, un fenómeno preponderantemente del siglo XX?, ¿para dónde va el género?, ¿cómo describir las obras que hoy se mueven hacia otros géneros, especialmente los de no ficción?, ¿son novelas?, ¿responden a tendencias pasajeras o continúan la historia de la novela chilena bajo otras formas?, ¿qué influencia tiene la literatura chilena decimonónica, más allá de Blest Gana, en la narrativa actual?

REFERENCIAS

- Rojo, G. (2011). *Las novelas de la oligarquía chilena*. Sangría.
- Rojo, G. (2014). *Las novelas de formación chilena. Bildungsroman y contrabildungsroman*. Sangría.
- Rojo, G. (2016). *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena* (tomos 1 y 2). Lom.
- Rojo, G. (2022). *La novela chilena. Literatura y sociedad*. Universidad Alberto Hurtado.